

Desamparadas de los españoles,
Hasta tanto que por Gaspar de Rodas,
De quien agora resta que tractemos,
Fueron pacificadas con castigo,
Segun declararemos adelante
Ayudándose de las relaciones
Y cartas de Hierónimo de Torres,
Que es ocular testigo, y hoy vecino
De la nombrada villa de Antioquia,
Antiguo peregrino destas partes,
Y cuyo marte fué contra tiranos
En muchas ocasiones señalado
Después quel licenciado de la Gasca
Plantó pendon real contra Pizarro,
Y de quien tengo cierta confianza
Que todo lo que dice va tejido
Con hilos de verdad irrefragables,
El cual demás del crédito que tiene
De bien compuesto, con ingenio claro,
Segun que sus papeles manifiestan,
Esta relacion hizo por mi ruego (1)
Pidiéndoselo yo con gran instancia;
Del cual á tiempo, si me lo concede
La fatal parca, tractaremos largo,
Pues este no lo es por ir asido
A las proezas de Gaspar de Rodas,
Que piden ser cantadas con elogio
Que no sufre paréntesis prolijo;
Y así, pues rematamos el discurso
Con términos incautos del Valdivia,
Primer gobernador destas provincias,
Conviene que tractemos del segundo
Que con moderacion y con templanza
Abatió la soberbia destas gentes,
Reduciéndolas al real dominio.

ELOGIO

de Gaspar de Rodas, segundo gobernador de las provincias de Antioquia, cuyo discurso comienza desde que fué promovido al cargo de capitán general de aquella tierra por los señores de la audiencia real deste Nuevo Reino.

CANTO PRIMERO.

Una sierpe fingieron los poetas
Con número crecido de cabezas,
De las cuales algunas estirpadas
Con violencia de tajante golpe
Otras le renacian con aumento:
Enigma por el cual se nos declara
Que una desgracia muchas acarrea
Si con fuego de viva diligencia
Algun hercúleo brazo no refrena
El origen y fuente de do nace
Aquel profluvio, cuyas dependencias
Son mas irremediables muchas veces
Que sus principios y ocasion primera.
Destos inconvenientes perniciosos
Se vian ya cercanos los vecinos
Y gente forastera de la villa,
Si por alguna via les faltara
Presta solicitud y providencia;
Porque como los bárbaros nutaves
Oviesen triunfado de españoles

(1) Desde este verso va enmendado el original, donde estuvo escrito lo siguiente:

*Esta relacion hizo por mandado
(Pidiéndoselo yo con gran instancia)
Del doctor Barros, digno presidente
De la real audiencia, que reside
En la ciudad de Quito por agora,
Porque su rectitud, valor y ciencia
A mas altos honores lo convidan.
Del cual á tiempo, si me lo concede, etc.*

Todo lo que va con letra cursiva está testado en el original, el cual debió de enmendar el censor mismo que cortó las hojas donde se trataba de Drake.

Desarraigándolos de sus provincias
Con muertes afrentosas y otros daños,
Los de nacion catia conociendo
De si no ser de menos valentia
Ni menores ardides en la guerra,
Por no perder aquellas ocasiones
Negaron vasallaje y obediencia,
De suerte que ningunos acudian
A los acostumbrados ministerios.
Los nuestros, que tractaban del remedio,
Considerando cuánto convenia
En esta turbacion tener caudillo
Autorizado por real consejo
Que los asegurase y reduciese
A la paz, quietud y servidumbre,
Y castigase los atrevimientos,
Desacatos y muertes de cristianos,
Despacharon á la real audiencia
Del Nuevo Reino, donde presidia
El licenciado Francisco Briceno,
Con otros dos oidores, uno dellos
Antonio de Cetina, licenciado,
El otro Auncibay, y fiscal della
El licenciado Alonso de la Torre;
Mas entre tanto que esto les venia,
Despachó la justicia y regimiento
Con toda brevedad á Juan Melendez
De Valdés con alguna gente diestra
En seguimiento de los alterados,
El cual con su valor y buena maña
Les hizo que mudasen pensamientos,
Asegurándolos de tal manera
Que dejaron las armas, y quietos
Volvieron al antiguo vasallaje.
Mas en esta sazon y coyuntura
Un alboroto sucedió notable,
Que por haber testigos hoy presentes
Que vocalmente me lo representan,
Al menos Juan de Vargas, escribano,
Que entonces se halló con otros muchos
En ir á deshacer aquel engaño,
Persona de quien puedo confiarme,
Demás de cierta relacion que tengo
Firmada de varon no menos grave,
Me pareció ponello por escrito
Por decir algo de las invenciones,
Tramas y embustes quel diablo tiene
Para cazar las almas miserables
Desta gentilidad prompta y atenta
A recibir cualquiera desvario.
En el valle de Penco, comarcano
Y á la villa de Santafé subyecto,
Cierto demonio, que por nombre Sobce
Era nombrado, se mostró patente
A todos cuantos vello deseaban,
Vestido segun indio de la tierra,
Todo de negro y el cabello largo,
Una manta revuelta sobre hombro,
Y era, segun se vido claramente,
Familiar de cierta pitonisa,
Encantadora vieja que tenia
Una hijuela de hasta diez años,
Hermosa, segun dicen, por estremo,
Y esta hija del sol decian que era
La falsa hechicera y el demonio.
El cual cuando hablaba con los indios
Encima se sentaba de la vieja,
A quien el Sobce le llamaba madre.
Estaban pues los bárbaros atentos
A todas las palabras que hablaba,
Y dicen que le vian bien el rostro
Los indios infieles, mas los otros
Que estaban bautizados no podian
Velle la cara por ninguna via,
Ni aun era menester que se la vieses,
Pues no podia ser sino tiznada,
O por mejor decir fiera y horrible.
Haciales ver cosas monstruosas
Como buen jugador de masa pasa,
Y tantas apariencias de milagros,
Que les hizo creer ser el inmenso
Hacedor de alta y baja monarquia,

Y que las ceremonias que tenian
Antes que conociesen á cristianos
Eran buenas y tales, que con ellas
Habian de serville si querian
Gozar de su favor en todo tiempo,
Porque las que tenian españoles
En gran manera las aborrecia;
Y así queria luego confundillos
Con un diluvio donde pereciesen,
Sin dejar dellos ánima viviente,
Porque quedasen ellos en sus tierras
Libres de subyeccion tan miserable,
Lo cual haria dentro de seis dias.
Por tanto que llamasen sus parientes,
Así los que servian á cristianos,
Ladinos que con ellos residian,
Como los que vivian estramuros
Y les reconocian vasallaje,
Si no querian ver el fin acerbo
Que á solos españoles ordenaba.
Señaló tres lugares donde todos
Habian de juntarse, cumbres altas,
Páramos solitarios y desiertos
De grandes precipicios rodeados,
Por donde se colige que queria
Mediante sus astucias despeñarlos
Antes de recibir el agua santa,
Puerta de los divinos sacramentos,
Y de ser instruidos y enseñados
En la verdad católica cristiana.
Allí mandó llevar de todas suertes
Semillas y raices y otras cosas
De que este barbarismo se mantiene,
Porque pasadas las inundaciones
Volviesen á hacer sus sementeras.
Y para publicar esta novela
Salieron por mandado del demonio
Tres hombres viejos, grandes hechiceros,
Los cuales fueron por la tierra toda
Aquestos desvarios predicando,
Cuyas palabras fueron admitidas
No menos que si fueran pronunciadas
Con aquel celo del profeta Jonas,
En tal manera que de los ladinos
Que estaban en la villa de Antioquia,
El año de setenta y seis, á doce
Del mes de marzo, no se halló indio
Ni india que del pueblo no huyese
A las alturas yermas donde Sobce
Les habia mandado que subiesen:
Lo cual visto por nuestros españoles,
La mañana que los echaron menos,
Desta gran novedad inadvertidos
Y con sospecha de levantamiento,
Siguiéron el alcance por el rastro
Hasta tanto que ya dieron en ellos,
Gran cantidad de lágrimas vertiendo,
Los unos y los otros lamentando;
Y preguntándoles por qué hüian
Y cual era la causa de su lloro,
Les respondieron: « Pobres de vosotros,
Cuán ayunos estais del mal futuro
Y de la muerte que teneis cercana,
Pues antes de tres dias á lo largo
Ninguno de vosotros terná vida,
En aguas inundantes ahogados!»
Al fin les declararon el misterio
Dol horrible diluvio que esperaban,
Contra los españoles destinado,
Que celebraron ellos con gran risa;
Y aunque por muchas vias procuraban
Ponellos en razon y desengaño,
Me dice Juan de Vargas que tenian
Aquella vanidad tan arraigada
En sus entendimientos torpes, como
Si vieran los efectos ya presentes,
Y así cuasi forzados los mas dellos
Volvieron á la villa temerosos.
Llegaron pues los falsos hechiceros
Aquestas invenciones pregonando
Al valle de Ibijico, donde estaba
Juan Baptista Vaquero retraido,

A causa del delicto que ya dije
Serle no sin indicios imputado
Acerca de la muerte de Valdivia;
El cual, por la destreza que tenia
En aquel idioma de los indios,
Era de todos ellos estimado
Y en opinion de mozo que tractaba
Verdad en cuantas cosas les decia.
Llegó la novedad á sus oidos
Por el alborotado movimiento
De gentes en el valle congregadas,
Oyendo los inicuos adevinos
Que denunciaban el horrendo caso;
Y como se le diese larga cuenta
De lo que por los viejos se decia,
Riéndose Baptista dijo luego:
« Llamámelos acá, que quiero vellos;
Y cuando no quisieren buenamente
Vengan á su pesar por los cabellos;
Hareles entender que Sobce miente
Y que ni mas ni menos mienten ellos,
Sembradores de sórdida simiente,
Segun y como quien los ha movido,
Infame, sucio, vil y fermentido.»
En efecto, pusiéronle delante
A los tres como tontos y asombrados,
Con meneos y gestos espantables,
Que parecian infernales bultos
Y que lanzaban fuego por los ojos;
Y el Baptista, después de encomendarse
Al sumo Hacedor devotamente,
Una cruz en las manos, así dijo:
« Ministros de maldad, engañadores,
Revestidos de espíritu malino,
¿ Por qué venis á ser predicadores
De tan desvariado desatino,
Ciegos embarbascados en errores
Y ajenos del católico camino?
En llegando la hora de esa ira
Conoceréis al claro ser mentira.»
« El que teneis por dios es un tirano
Bajo, suez, de condicion horrenda;
Y si quien lo crió no le da mano
Seguros estareis que no os ofenda:
El verdadero Dios y soberano
Quiere que por aqui su fe se estienda,
Y á los que lo creemos y adoramos
Nos ha de conservar adonde estamos.»
« Y las cautelas frívolas y engaños
Que en vuestros corazones Sobce planta,
No serán parte por eternos años
Para desarraigar la gente santa:
Vernán sobre vosotros esos daños
Si no creis lo que nuestra fe canta;
Pero si lo creyeres con bautismo,
Escapareis del infernal abismo.»
Estas y muchas otras cosas dijo,
Particularizándoles misterios
Tocantes á la fe de los cristianos,
Porque tenia buen entendimiento:
Los indios defendiendo sus errores,
Sobre los cuales hubo gran disputa
Que yo por abreviar no la refiero;
Pero con tanta fuerza y enerjía
Este mozo Baptista les hablaba,
Que de los tres los dos de menos años
Quedaron convencidos y creyeron,
Y el mas viejo en edad y mas protervo
Desesperábase viendo la vuelta
Que hizo dar á los coadyutores,
Haciendo varios gestos y visajes,
Y estaba ya tan ronco de dar voces,
Que no se percibian sus palabras,
Pero después en algo reportado
Habló con el Baptista desta suerte:
« Pues dices que tu Dios es verdadero,
En nombre suyo quiero que delante
Desta gente ignorante, vidriosa,
Hagas alguna cosa tal que crea
Que milagrosa sea, pues yo fio
En el nombre del mio, que desdeñas,
Mover las grandes peñas deste suelo,

Y dejen, dando vuelo, su cimienta
Bailando por el viento con zumbido;
Y así será creído quien hiciere
Aquello que dijere: ya yo salgo;
Di tú que harás algo, Juan Baptista,
Porque desta conquista claro quede
Quién es el que mas puede destes dioses.»

Juan Baptista le dijo: «Mira, perro,
La santa fe que tengo me declara
Cómo tentar a Dios es grave yerro;
Mas yo, haciendo tú cosa tan rara,
Con esta fe podré mudar el cerro
Alto que ves enfrente de tu cara,
Pero delante mí, ten entendido
Que no podrás hacer lo prometido.»

El indio hechicero, confiado
De que su Sobce no haría falta
En cualquiera señal que le pidiese,
El cuerpo se lavó primeramente,
Y luego hizo sus ofrecimientos
De mantas y de oro y otras cosas,
Y sabumó las ponderosas piedras
Que quiso que volasen por el aire,
Dándoles de varazos, invocando
Con gritos y alaridos al demonio,
Con gran solicitud y diligencia
Como si fueran mulos ó caballos;
Mas ellas no por eso se movían
Ni quisieron cumplir su mandamiento,
Reiterando por diversas veces;
De que toda la bárbara caterva,
Presente para ver la maravilla,
Hacia burla del escarneciendo,
Reconociendo ya su desvario,
No sin contentó y alegría grande
De ver que lo que dijo Juan Baptista
Cerca de no movellas salió cierto.

El cual con la victoria que pretende,
Por mas los agradar está diciendo:
«Da grandes voces, porque no te entiendo,
Que debe reposar y estar durmiendo;
Conoce las mentiras que te vende
Ese falso, traidor, sucio y horrendo;
Mira cuál es y á quién haces regalo,
Pues siempre huye deste santo palo.
» Por ser similitud de la cruz santa
Vencedora del infernal alarde,
Bandera que do quiera que se planta
No para con extremos de cobarde,
Y siempre que la ve della se espanta,
Dando la vuelta sin que mas aguarde,
Porque la cruz le dió golpe terrible,
Y tal que sanar del es imposible.

» Y como perro que padeció llaga,
Que si la mano de quien fué herido
Hace meneos y otra vez amaga,
Vuelve huyendo de temor vencido,
Así viendo la cruz, aguda daga
Con que fué lastimado y abatido,
El mal aventurado por no vella
A grande priesa va huyendo della.
» Aquesta hace pues que se detenga,
De cristianos certísimo trofeo,
Y aunque le hagas oracion mas luenga
Con tu solicitud y devaneo,
Esta señal le hace que no venga
A dar satisfaccion á tu deseo:
Por tanto haz lo que estos dos han hecho,
Que tomaron camino mas derecho.»

Con estas y otras muchas mas razones
Procuraba Baptista convertillo,
Pero ninguna dellas lo movía
De sus propósitos endurecidos,
Antes como corrido y afrontado
Con pasos presurosos se fué solo
Por unas sierras altas murmurando;
Y la caterva bárbara fractaba
Al Baptista con grande reverencia,
Teniendo por razones infalibles
Las que después y antes les decia.
Y estando descuidados otro día,
Término señalado por el Sobce

Para la tempestad que nunca vino,
Antes día sereno, claro, puro
Y manifestador de su mentira,
El viejo hechicero fué delante
De muchos destes indios, y al Baptista
Llamándolo primero con voz alta
Le dijo las palabras que se siguen:
«Para te convencer en tu porfia,
Sobce te desafia, ven conmigo,
Y ternás con quien digo la disputa
En el peñol de Nuta do te espera;
No temas la ladera por ser alta,
Que yo no haré falta en ayudarte
Porque de cada parte sus razones,
Y de las opiniones diferentes
Tomen aquestas gentes la mas cierta.»

Baptista respondió: «Viejo demente,
De condicion que irada se mejora,
Ya ves aqueste sol resplandeciente,
La claridad alegre del aurora:
Baste para saber que Sobce miente
Habérsele pasado ya la hora
Del gran diluvio, con que por sus manos
Había de ahogar á los cristianos.
» En eso que me dices cómo tiene
Gana de disputar con Juan Baptista
Para que con razones me refrene
Y él quede vencedor en la conquista,
Ninguna cosa menos me conviene
Que ver tan mala y espantable vista,
Ni poner en disputa mi partido
Con un bellaco falso, fementido.

» Pues ha mil siglos que por su pecado
El verdadero Dios que nos gobierna
Triunfó del, quedando condenado
A tormentos de damnacion eterna,
Y de los altos cielos desterrado
A cárcel de lucifera caverna,
Y sé que ha de huir, como yo vaya,
Del peñol que tomó por atalaya.

» Mas para que conozcas que yo digo
La verdad que no tienes entendida,
Escusarme no quiero de ir contigo,
Aunque dura tres leguas la subida;
La santa cruz de Cristo va conmigo,
Donde mi Dios murió por darme vida:
Con ella volveré yo triunfante;
Anda, maldito viejo, ve delante.»

Procuraron los indios deste valle
Estorbar el camino peligroso
Debajo del amor que le tenían;
Pero nunca pudieron detenerlo,
Y en efecto se fué tras el mal viejo,
Yendo de sus amigos principales
Mas de trescientos en su seguimiento,
Así para guardalle las espaldas,
Como para mirar en qué paraba
El singular certamen á que iban,
Al cual como salieron sobre tarde,
Y era camino largo, salebroso,
Aspérrima subida por extremo,
Llegaron á la cumbre con obscuro,
Y el indio hizo sus invocaciones,
Visajes, gestos, saltos y bramuras,
Por atemorizar á su contrario
O por tener demonio revestido;
Pero Baptista con la cruz delante
Los símbolos decia con voz alta,
No sin erizamiento de cabellos;
Y en esto se pasó toda la noche
Sin ver cosa que diese pesadumbre,
Salvo las voces y el horrendo gesto
Del hechicero, y el haber estado
En pié toda la noche y al sereno.
Y cuando ya venia descubriendo
Apolo por las puertas del oriente
Sus dorados cabellos desviando
Las obscuras timieblas con su lumbre,
El Baptista llamó los compañeros
Que se quedaron algo mas abajo
Sin subir al pináculo mas alto,
Y dijoles: «Carisimos amigos,

Tened siempre memoria de lo visto,
Pues que todos vosotros sois testigos
Cómo para venir me halló listo,
Sin traer contra tales enemigos
Mas armas que la cruz de Jesucristo,
Porque con ella yo sé que se vence
Cualquier demonio que se desverguence.

» Y pues los mas estáis catequizados
En los preceptos del camino santo,
Si creydes y fuerdes bautizados
También hareis vosotros otro tanto:
No os dejeis engañar destes malvados,
Ni os pongan sus cautelas en espanto;
Huid de sus consejos y razones,
Porque todas son falsas invenciones.
» Dejemos al mal viejo y obstinado
Que huye de creer verdades rasas,
El cual debe de estar precipitado
En la prision de las eternas brasas;
Y pues su Sobce huye y ha faltado,
Vamos á descansar á nuestras casas,
Do si volviere con tan mal motivo,
Tenemos luego de quemallo vivo.»

Con esto se bajaron victoriosos
Y muy regocijados y contentos
Al valle do tenían sus albergues
Y donde por consejo del Baptista
Se bautizó gran número de gente;
Y los de Santafé prendieron luego
La vieja pitonisa con la hija,
Muchacha que dijimos ser hermosa,
La cual se bautizó, pero la vieja
A destierro perpetuo condenada.
Y así se deshicieron los nublados,
Quedando los ladinos y chontales
Con aviso de nunca dar oídos
Jamás á semejantes devaneos,
Y en aborrecimiento del demonio;
De cuyas desvergüenzas bien pudiera
Tractar aquí mil cosas sucedidas
En otras partes do visiblemente
Y en figura de indio se mostraba,
Hasta serville de caballero
Y después de cabrero hartos años
A cierto capitán bien conocido,
Sin saber él quién era; pero cuando
Tractemos de las cosas deste reino,
Si Dios me diere vida para ello,
Alargaréme mas, pues de presente
Por volver á la guerra comenzada,
De donde nos salimos esperando
Reales provisiones del audiencia
Y comision para Gaspar de Rodas,
No puedo detenerme, y así quiero
Volver á la conquista de nutaves,
Que se celebrará con canto nuevo.

CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta cómo los señores de la real audiencia enviaron comision á Gaspar de Rodas para castigar los indios rebeldes, y poblar en las tierras donde fué muerto Andrés de Valdivia.

Quando las cosas arduas se cometen
A varones prudentes y sagaces
Que no guían á poco mas ó menos
Negocios importantes cometidos
A su dispusicion y buen discurso,
Responden los efectos y remates
Las mas veces á lo que se desea
Por los que los escogen y señalan;
Lo cual considerando los oidores
De la real audiencia deste reino,
Que fueron los que quedan declarados,
Hicieron eleccion y con acuerdo
Mas lleno de razon que de favores,
Que suelen defraudar merecimientos,
Salió nombrado para tal empresa
El diestro capitán Gaspar de Rodas,
Atlante fuerte sobre cuyos hombros
El peso se sostuvo de aquel suelo.

Y así le despacharon provisiones
Para poblar y castigar caciques
Culpados en la muerte de Valdivia
Y de los españoles que debajo
De falsa paz habian sido muertos;
Las cuales recibidas, se dispuso
Al cumplimiento del real mandado,
Y á costa de sus bienes llamó gentes,
Que por llevar caudillo tan insigne
No rehusaron ir á la jornada,
Demás de los soldados que salieron
De la rota pasada mal parados,
Porque los mas volvieron deseosos
De recibir el premio que se debe
A los honrosos hechos y trabajos.
Destos fué Pedro Pinto Vellorino,
Luis Céspedes de Vargas, y su hermano,
Que es Alonso de Vargas, naturales
De Fregenal, y Sancho de Quevedo,
Estéban de Ribera de Albuquerque,
Juan de Alvarado Salazar, Fernando
De Ovango, esturiano, Pero Sanchez
De Oviedo, natural de Estremadura,
Manuel Ruviales, y con ellos
El Juan Ruiz de Atienza, sacerdote,
Juan Fernandez Eraso, de Navarra,
Y don Antonio Osorio y Pedro Arce,
Pablo Fernandez de Eras, y Molano
Y el Alonso Martin Merchan, Mateo
Fernandez, el mulato, deste reino,
Todos valerosísimos soldados,
Que con los congregados nuevamente
En número llegaron á setenta:
Con los cuales entró Gaspar de Rodas
Tan confiado de allanar la tierra,
Como si le siguieran setecientos,
Y caminó con pródigo concierto
Hasta llegar al sitio y al asiento
Del fuerte do mataron al Valdivia,
Do son mas numerosas poblaciones.

Allí se refirieron por el orden
Que mas les convenia, convocando
De paz á los caciques comarcanos,
Los cuales acudieron con preseas
De oro y otras cosas con que suelen
Granjear amistad con españoles:
Que no fué con buen pecho, segun dicen,
Sino con intencion de descuidallos,
Para les sacudir viendo la suya;
Pero Gaspar de Rodas nunca quiso
Tomar oro ni cosa por entonces,
Haciéndoles creer que su venida
Era por granjear sus amistades,
Y no para tomalles sus haciendas.

Aquella tarde pues que se contaron
Ocho dias del mes que del dios Fèbruo
Heredó nombre por las lustraciones
Que la gentilidad acostumbraba,
Año de quince cientos y setenta
Y siete del divino Nacimiento,
Gaspar de Rodas convocó su gente,
Y con cuanto secreto fué posible
A todos les habló desta manera:
«Señores, ya sabeis á lo que vengo,
Y veis que los que desta gente dura
Hemos de castigar, aquí los tengo,
Y que dejallos ir será locura;
Gocemos, sin tomar tiempo mas luengo,
De tan acomodada coyuntura,
Prendiendo los caciques señalados
Para proceder contra los culpados.
» Y para defender nuestros partidos,
Si por ventura veis armas opuestas,
Los caballos estén apercebidos,
Y tenga cada cual las suyas prestas,
De tal manera, que los atrevidos
Lleven las puniciones á sus cuestras;
Y luego sin guardalles mas respecto
Quiero que lo pongamos en efecto.»
Aun no bien acabó de decir esto,
Cuando con la presteza que cumplia,
Disimuladamente se pusieron

A punto con sus armas y caballos,
Y el general llegó con los peones
Acia la parte de la turbamulta,
Y de los principales conocidos
Veinte y cuatro pusieron en colleras.
Alborotaronse los indios todos,
Y comenzaron a desenvolverse;
Pero Gaspar de Rodas con la lengua
Con tales amenazas los asombra,
Que pudo deshacer sus movimientos
Diciéndoles: «No meneéis los brazos,
Porque si dais algunas ocasiones
A todos os haremos mil pedazos.
» Estos solos ponemos en prisiones
Porque Filipo magno, rey potente,
Ansi lo manda por sus provisiones.
» Cualquier rey ó señor le es obediente;
Y si quereis tener vida quieta,
Habeis de servir por consiguiente.
» Seguro vive quien se le subyeta;
Pero también castiga los escesos
De los que con él juegan falsa treta.
» Aquí venimos á hacer procesos
Contra los que debajo de paz blanda
A su gobernador fueron aviesos.
» Mas en vuestros delictos también manda
Que no castigue rigurosamente
Aunque la maldad fué mas que nefanda.
» Veremos quién ha sido delincuente;
Y hechas bien las averiguaciones,
Conoceréis en mi padre clemente.
» Porque yo no me muevo por pasiones,
Antes me guía piadoso celo,
Como vereis por las ejecuciones.
» Y á cuantos hoy vivis en este suelo
He de favorecer y ser amigo,
Como no deis la paz con falso velo.
» En mí hallareis todos gran abrigo:
Por tanto la quietud os encomiendo
Y que creais ser cierto lo que digo.»
Con esto se pusieron en sosiego,
Y con ver que de tanta muchedumbre
De barbaros culpados, solamente
Prendieron las cabezas y caudillos,
A quien por substanciar mejor la causa
Les dieron defensor juramentado
Con la solemnidad que se requiere;
E ya conclusos todos los procesos,
Los seis fueron á muerte condenados
De los caciques presos, y los cuatro
A les cortar las manos, de los cuales
El uno fué Guarcama, gentil hombre,
Feroz y de cabal entendimiento.
Y antes de padecer temporal muerte
Aquellos seis señores belicosos
Pidieron el bautismo todos ellos
Con grande devocion, y fuéles dado;
Y cuando los llevaban á la horca
Contritos y con cruces en las manos
Alzaron una voz entristecida
Diciendo: «Quien tal hace que tal pague:
Nosotros padecemos justamente,
Pero los tahamies nos movieron
Al crimen y delicto cometido,
De nuestros pensamientos y deseos
Entonces muy remoto y apartado.»
Disimulóse por algun respecto
Esta declaración postrera, pero
Demás de las sospechas atrasadas,
Indicio no pequeño fué que cuando
Vino Gaspar de Rodas al castigo
Trajo dos lenguas indios tahamies,
Llamados Pedro Amato y Aguasici,
En aquella provincia principales,
Y oyendo la razon de los pacientes
Volvieron las espaldas madrugando
Sin saludar los huéspedes del rancho,
Parece ser que por no ver visiones.
Al fin ejecutada la sentencia
Y todos los demás dados por libres,
Gaspar de Rodas recorrió la tierra,
Tanteando los pueblos con aviso

Y copia de vecinos naturales
Que por aquel compás tenían casas,
Y cerca del asiento do fué muerto
El Andrés de Valdivia fundó pueblo,
A quien ciudad de Cáceres dió nombre;
Nombró treinta vecinos, hombres nobles,
Entre los cuales repartió la tierra,
Cinco mil indios, pocos mas ó menos,
En aquella comarca moradores;
Y dello dió razon á los jüeces
De la real audiencia del suceso.
Yendo por mensajero don Antonio
Osorio de la Paz con los recados.
Mas cómo no pudiese dar contento
A todos los soldados de un voleo,
Quedándose sin suerte muchos dellos,
Principalmente de los de Valdivia,
Con pena del agravio recebido
Hurtáronse del pueblo tres ó cuatro,
Y caminaron tras el don Antonio
A procurar remedio por justicia:
Ovéronse sus causas y razones,
Y los oidores alteraron luego
Aquel apuntamiento que enviaba;
Lo cual sabido por Gaspar de Rodas,
A defender las suyas por presencia
De su persona propia se dispuso;
Y así, dando razones concluyentes,
Se confirmó de nuevo lo que hizo,
Siéndole favorable para ello
El licenciado Juan Rodriguez Mora,
En aquella sazón recién venido
Por oidor de la chancillería,
Cuya sagacidad encaminaba
A su disposicion los compañeros.
Por ser ya muerto Francisco Briceño
Incorrupto jüez, claro y entero,
Dignísimo del cargo que tenía,
Cuyos principios bien manifestaban
Habernos dado Dios felice suerte
Después de la del buen doctor Venero,
Ejemplo de virtud y santo celo;
Pero la parca dura y envidiosa
Quitónoslo delante brevemente,
Pues no gozó seis meses de la silla.
Y así desde su muerte hasta agora
Nunca faltaron grandes pesadumbres
Entre jüeces y secuaces suyos,
Con tantas invenciones y cautelas
Y falsos testimonios cuantos suelen
Investigar inicuos y olvidados
De Dios, por dar valor á la mentira;
Y es lástima que los del Nuevo Reino,
Gente llana, fiel, modesta, clara,
Leal, humilde, sana y obediente,
En opinion esté de revoltosa
Con los señores del real consejo,
No mirando que son los movedores
De las revueltas, tramas y bullicios,
Los jüeces que vienen á regirnos,
En cuya consecuencia me parece
Que viene bien aquí, *delirant reges*
Et plectuntur Achivi, sin que pequen:
Mas aquesta, por ser materia larga,
A tiempo conveniente la remito.
En esta sazón pues que Rodas vino
Estaban rebelados los gualies,
Indios cuyos confines están juntos
Con Mariquita, puerto deste reino,
Muy necesario para sus contractos,
Donde se labran ricas minas de oro
Y de presente plata, cuyas vetas
Dan grandes esperanzas de riqueza;
Y aunque el adelantado, que Dios haya,
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Les quebrantó las fuerzas, y los trajo
Al servicio del rey fundando pueblo,
Ciudad de Santa Agueda nombrado,
Después los indios por ausencia suya
Negaron otra vez el vasallaje,
No sin daño de muchos españoles,
A quien pusieron en extremos tales

Que se metieron todos en un fuerte
Con hijos y mujeres y servicio,
Puestos en riesgo y en trabajo grande
Por la frecuentacion de los combates.
Lo cual sabido por los del audiencia,
A quien tocaba dar socorro presto,
Por ser riesgo notorio la tardanza,
Buscaban capitán cuya prudencia
Diese satisfaccion á su deseo
Y al negocio que dél se confiaba;
Y como se halló Gaspar de Rodas
Presente cuando se tractaba desto,
Teniendo conocido que ninguno
Se podría hallar de mejor maña,
Por ellos al acuerdo fué llamado,
Y le mandaron que se dispusiese
Para hacer al rey este servicio:
El cual como persona circunspecta
Este cargo tomó de buena gana
Y aderezóse para la partida
Con ciento y diez soldados á su gusto.
Con los cuales entró por las provincias
De los briosos indios rebelados,
Y dentro de tres meses no cumplidos
Les hizo dar la paz y hizo llanos,
Poniéndolos en obediencia firme,
En la cual hasta agora permanecen,
Valiéndose de dos fuertes caudillos
De los soldados suyos, que se llaman
Juan Melendez y un Alonso Fernandez
Molano, de quien yo mencion he hecho
En muchas partes deste mi discurso,
Por ser ambos personas señaladas.
Dejando pues la tierra sosegada,
Pacíficos los indios y quietos,
A la real audiencia volvió Rodas
A dar llena razon de lo que hizo,
Y los señores della conociendo
Su valor y servicios señalados,
Le dieron en gobierno las provincias
Que fueron asignadas á Valdivia,
El cual su Majestad confirmó luego
Con otras eminencias y favores
Que suele la real magnificencia
Dar á criados de quien es servido,
Incluyendo también en su gobierno
Por causas y razones alegadas
A Santafé, rememorada villa,
Y así quedó distinta y apartada
De lo de Popayán, y en ella tiene
Su principal asiento nuestro Rodas.
El cual como se viesse colocado
En generoso cargo y esperanzas
De mas altos honores, por promesa
De lo hacer el rey adelantado
Después que ya poblase tres ciudades
O villas de vecinos españoles,
Convocó gentes de unas y otras partes
Para prosecucion de su conquista,
Y ver la tierra de la cordillera
Que divide los dos rios ya dichos,
Que los gobernadores atrasados
Intentaron hollar y no pudieron;
Pero con menos gente y aparato
El buen Gaspar de Rodas se dispuso
A deshacer aquel encantamiento,
Cuyos sucesos quedan reservados
Para los referir en otro canto.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo los indios repartidos á la ciudad de Cáceres, viendo que Gaspar de Rodas había salido de la tierra, se atrevieron á matar algunos españoles, y no acudían á servilos.

En mucho precia debe de tenerse
Aquel á quien natura dió talento
Para guiar negocios importantes,
Pues á la sombra dél los otros hombres
Subyectos á cumplir lo que dispone,
Tienen valor y ser, y cuando falta

Quedan, segun se ve por esperiencia,
De su reputacion menoscabados.
Manifestóse bien esta mudanza
Con el ausencia de Gaspar de Rodas
De la ciudad de Cáceres moderna,
Porque los bárbaros, reconociendo
Faltalles el caudillo cuya maña
A sus conceptos era duro freno,
Perdieron la vergüenza y el respecto,
Y así mataron de los españoles
En partes y en lugares descuidados
Un Alonso Gonzalez de Montijo,
Y otro Alonso Fernandez de Membrilla,
Y á Lorenzo de Rufas y otros hombres
Demás de mucha gente de servicio,
Con intencion de dar en los restantes,
Para lo cual determinadamente
Se convocaba ya toda la tierra,
Siendo caudillo desta rebeldia
Un Omagá, cacique belicoso,
A quien todos los otros respetaban.
Dieron aviso deste movimiento
Indias nacidas en aquel terreno,
Que servian á nuestros españoles,
Y ellos lo dieron á Gaspar de Rodas
Que recogia gentes y pertrechos
Dentro de Santafé con intenciones
De ver lo que tenía su gobierno;
El cual por acudir á dar remedio,
A gran priesa salió con treinta hombres
Y razonable copia de ganado,
Cuya venida fué regocijada,
Ansi por el socorro tan á punto
Como por el gobierno que traia.
Algun castigo hizo con templanza
En los que le constó ser mas culpados
En las muertes de aquellos españoles;
Mas Omagá, que estaba retraido
Dentro de las montañas con su gente,
No pudo ser habido per entonces.
De cuya causa fué Francisco Alferez,
Hombre mas papelista que guerrero,
Con cuarenta soldados á buscallo;
Y aunque tomó dos meses de demora,
Volvióse con las manos en el seno,
O por mejor decir en la cabeza.
Y el gobernador, viendo cuan inútil
Salió la diligencia y el trabajo,
Determinó que fuese por caudillo
Juan Arias Ruvian, gallego, y este
Volvió con veinte hombres solamente,
Pero de tal valor, que de cualquiera
Pudiera confiarse la jornada.
Salieron por principio de diciembre
El de setenta y nueve cuasi fuera,
Y fueron caminando hasta donde
Hace fin y remate tierra rasa
Y las montañas altas se comienzan,
Adonde reparó para dar orden
A la prosecucion de su viaje;
Mas el astuto bárbaro tenía
De su venida relacion entera,
Y para descuidallos les envia
Mucha gente cargada de regalos
Por continuacion de muchos dias,
En que iban y venian mensajeros
Cuotidianamente, prometiendo
De dar segura paz inviolable,
Trayendo los mensajes su sobrino,
Llamado Teguiri, gentil mancebo,
Bien conocido de la gente nuestra,
Y en opinion tenido de valiente.
Juan Arias Ruvian la paz acepta,
Y al sobrino le dijo que viniese,
Sin que recele pena ni castigo,
Pues si hiciere cierta su promesa
De dar segura paz, se le perdona
Cualquier delicto grave cometido;
Y que señale parte do se vean
Los unos y los otros, porque quiere
Oír aquello de su propia boca.
El Teguiri volvió con el mensaje

Al Omagá su tío, y otro día
De mañana volvió con la respuesta,
Diciendo: « Bien podeis entrar seguros,
Porque cerca de aquí tenemos hechos
Dos aposentos en zavana rasa
Donde sereis servidos, y mi tío
Allí verná con oro y otras cosas
Para el gobernador, pues es el amo
A quien ha de servir y ser subyector. »
Los españoles, aunque sospechosos
De lo que sucedió, por no mostrarse
Acobardados, fueron do decía,
Y subieron á cierta loma, donde
Había como cien pasos en cuadro
De raso, lo demás espeso monte,
Y en el raso dos casas pequeñuelas,
Muchos indios é indias esperando
Con copia de comida que les dieron;
Alojaronse dentro destos ranchos,
Donde sin acudir aquel cacique
Estuvieron también algunos días,
Pero venían indios con sus armas,
Con tal denuedo que se conocía
Ser muestras de dañadas intenciones.
Y así los españoles procuraron
Coger un indio que se quedó solo,
Sin que de los demás fuese sentido,
Y en remoto lugar dentro del monte
Le dieron tracto hasta que ya dijo
Las determinaciones de los indios;
Siendo la lengua con que preguntaban
Una ladina moza dicha Ana,
Cristiana, del servicio de un soldado,
Declarando que dentro de tres días
Habían de venir muchos caciques
De los mas principales de la tierra,
A vellos, no con mas de diez ó doce
De sus subyectos cada cual cacique
De por sí solo con su compañía,
Pacíficos, quietos y sin armas,
Y en diferentes horas por no dalles
Ocasión de sospechas, y debajo
De querelles servir, allí esperasen
Entre los españoles, hasta tanto
Quel señor Omagá viernes siguiente
Allí llegase con los que traía,
También sin armas, que eran veinticuatro,
Dejando setecientos emboscados
A la redonda de la zavaneta,
Con armas y pertrechos convenientes;
Y que cuando lo vieses llegar junto,
Aquellos indios que llegaron antes
Acometiesen á los españoles
Dos ó tres dellos contra cada uno,
Así por pechos como por espaldas,
Y entonces Omagá sobrevernia
Dando voces á los del emboscada,
Y así darían fin de los cristianos
Sin padecer los indios detrimento.
La trama descubierta y el astucia,
Los nuestros estuvieron vigilantes,
Las armas en la mano todas horas,
Cargados los sulfúreos instrumentos,
Fortaleciendo sayos estofados
Y los demás pertrechos que tenían;
Demás desto también se previnieron
De mucha cantidad de ligaduras
Que llamamos cabuyas comunmente,
Apercibidos todos y en espera
De ver algun principio de lo dicho,
Porque si vieses algo no dudaban
Ser cierto lo demás que se declara.
Llegóse pues el miércoles, y vino
Un cacique llamado Taquimiqui
Con diez indios sin armas, bien dispuestos
Y de robustos miembros y elegantes,
Pacíficos semblantes y aparencias
Encubridoras de su mal intento,
Mas á los españoles ya patente;
Y así no se tardaron, pues al punto
Que entraron en la casa lo prendieron,
Y ataron pies y manos con cordeles,

Y de los que vinieron á la tarde
Hicieron otro tanto, de manera,
Que miércoles y jueves amarraron
Cincuenta sin sabello los caciques
Ni los participantes del engaño.
Llegóse pues el día del conflicto,
Viernes, postrero día de diciembre,
Cuando el año de ochenta comenzaba,
Día de confusion y desconsuelo
Para los pocos, que hacían cuenta
Que si del alto cielo no venía
Remedio, no podían escaparse
Del durísimo trance que esperaban;
Y así Juan Arias Ruvían, que via
Ponelle culpa por haber entrado
Contra la voluntad de los mas dellos;
En su disculpa dijo lo siguiente:
« Señores, de mi loca confianza
No sin razón formais justa querella;
Pero los que nos vemos en la danza
Hemos por fuerza de danzar en ella,
Y con pié firme sin hacer mudanza
Habemos de bebella ó de vertella:
Ningun remedio tiene ya lo hecho,
Sino poner á bien ó mal el pecho.
» Acercándose van las confusiones
Y la disparidad de la pelea;
Cursados sois en tales aflicciones,
Donde ninguno hizo cosa fea;
Vuelen al cielo nuestras oraciones
Para que de remedio nos provea:
Que si fiais en Dios como cristianos
La victoria tenemos en las manos.
» Creed que venceremos en batalla
A la multitud destos fementidos,
Y dad gracias á Dios, que no nos halla
Descuidados ni desapercibidos;
No es la primera vez que de canalla
De mayor fuerza sois acometidos;
Y pues siempre hacemos como buenos,
No tenemos agora de ser menos.
» En tanto pues que llegan las rencillas
Destas mas que proterva pestilencia,
Demandemos prostrados de rodillas
Al inexhausto golfo de clemencia
Tenga por bien usar sus maravillas
Dando favor á quien lo reverencia,
Pues nuestra mano poca fuerza tiene
Si de la santa suya no nos viene. »
Esto con gran fervor hicieron todos,
Y en oraciones santas ocupados,
El Omagá llegó con veinte y cuatro
Robustísimos indios desarmados,
Y disimulacion tan bien compuesta,
Que si no se tuviera certidumbre
Del propósito malo que traía,
Ninguno presumiera ser fingida;
Pero como no vió quien respondiese
Al acometimiento concertado,
Quisiera con aquellos que presentes
Con él allí venían al efecto
Usar de aquel ardid que los primeros
Habían de tener, pues no los vía;
Mas apenas miró los compañeros
Haciéndoles del ojo diestramente,
Cuando con todos ellos en el suelo
Cayó hecho pedazos, dando voces,
A las cuáles salió la gran caterva,
Que mal podía ya dalle remedio,
Pues él y los demás en un instante
Caminaron la vuelta del infierno.
Y en ese mismo punto ven delante
Los españoles la tumultuosa
Hueste de los salvajes, la cual era
En número mayor que se pensaba,
Con orden singular los escuadrones,
Ordenados á nueve por hilera
Con sus sobresalientes señalados,
Gallardos y feroces todos ellos,
Llenas las sagitíferas aljabas
De tiros venenosos y mortales,
Picas tostadas y macanas duras,

Y estalladoras hondas á las vueltas.
Era su general que los regia
El Teguerí, del Omagá sobrino,
Y el capitán Maubita, yerno suyo,
Y un Ochari mañoso y esforzado:
Vuelan luego los jáculos y piedras
Como turbion espeso de los granos
Congelados de los vapores gruesos
En la media region en el verano;
Acuden con mortíferas respuestas
Nuestros esclarecidos españoles,
Que cuasi pié con pié derraman sangre
Ojeándose con los arcabuces,
Con los cuales por los tener tan cerca
No pocas veces les acontecia
Matar á dos y tres de cada tiro
Desde la casa del alojamiento
Que tenían los nuestros por amparo,
Saliendo siempre con arremetidas
Juan Arias Ruvían y Juan Mateos,
Y Mateo de Acosta, lusitano,
Pablo Sarmiento y otros que tenían
Espadas y rodellas en las manos:
A cuyos hechos encarecimiento
Cualquiera que se dé no será largo,
Pues por aquella frente no podían
Hollar sino por cima de hombres muertos.
Mas esto no bastó para que dejen
Los bárbaros inmites su porfia,
Antes el Teguerí, como rabiando
Por muerte de su tío, no reposa,
Diciéndoles: « Amigos y parientes,
Haced como valientes, y el constante
No se mude ni espante porque vea
Caer en la pelea tanta gente;
Que al fin solos son veinte los cristianos,
É ya se ven cercanos al remate;
Y aunque mas se dilate su caída,
Han de perder la vida, que mortales
Son, y tiros letales ya rendidos
Los tienen, que heridos están todos;
No menean los codos como antes:
A ellos, mis gigantes, dadles priesa,
Cumpla con su promesa vuestra lanza,
Y tomemos venganza de las muertes
De tantos hombres fuertes deudos nuestros. »
Con semejantes dichos y razones
Andaba donde via mas tibieza,
A los unos y otros animando
Con tal solicitud y diligencia,
Que á nuestros españoles admiraba;
Los cuales viendo que les va la vida
En quitalle la suya brevemente,
Juan de Alvarado Salazar apunta
Con el cañon fogoso; y acertóle
Por medio de la frente, de tal suerte,
Quel alma de las carnes despedida
Fue caminando tras la de su tío.
Mas no por eso los demás cesaban
De su ferocidad, porque Maubita,
El yerno de Omagá, con increíble
Solicitud anima la caterva;
Al cual tiró Domingo de Herrera,
Y con la parda bala hizo puerta
Por donde desaguó vital substancia.
El Ochari no menos se mostraba
Terrible y orgulloso, bravo, fiero,
Tanto que parecia que ninguno
Faltaba de los otros principales;
Al cual por ser persona señalada
Los nuestros deseaban derriballo,
Y un Diego de Avila puso la mira
Algo mas alta de lo que quisiera,
Mas todavía le rompió la cara,
Y como se sintiese mal herido,
Salióse del conflicto, que procede
Con tal obstinacion como si nadie
Faltara, con haber tres horas largas
Que duraba la dura competencia.
Y así los indios, por le dar remate,
Viendo que las dos casas impedían
El gozo del triunfo que esperaban,

Por ser escudo de los españoles,
Determinaron de ponelles fuego,
Sin tener atención á los cincuenta
Que dentro se tenían amarrados,
Donde se convirtieron en carbones,
Pues como fuese fábrica de paja
En espacio brevísimo la vieron
De las voraces llamas consumida;
Saliéndose los nuestros hechos rueda,
Los unos á los otros reguardando,
Pero con tales bríos y coraje
Que como si los golpes comenzaran
En aquel punto, se desenvolvieron
Tras ellos, aunque ya los arcabuces
Por estar muy calientes no hacían
Tales efectos como deseaban,
Faltándoles también las municiones;
Pero con las espadas tanta priesa
Les dieron, que salieron de lo raso
Y se metieron por el arboleda.
Adonde no faltaban indios muertos
De los que mal heridos se salieron
A los principios desta gran refriega;
Porque en la zavaneta solamente
Fueron cincuenta y dos los que quedaron
O muertos ó cercanos á la muerte,
Demás de los que consumieron llamas:
En efecto, según después se supo,
Fué de mas de trescientos la yactura
Que padeció la bárbara compañía,
Quedando de los nuestros diez y siete
Cada uno con cinco y seis flechazos.
Los cuales puesta buena centinela
Con grande diligencia se curaron,
Abrasando con fuego las heridas
Y cortando las carnes lastimadas;
Mas no se pasó mucho sin que diese
Arma la centinela que pusieron,
Porque Ochari que dije ser herido
En la cara con un ardiente globo
Que no bien encarnó por ir avieso,
Viendo que caminaban á sus casas
Y no se proseguía la contienda,
Con voz apresurada les decía:
« ¿ Dó va la compañía que no siente
La pérdida presente de señores
Muertos en los rigores desta guerra
Por libertar su tierra de tiranos
Y sacar de las manos de extranjeros
A vuestros herederos y parientes?
O flojos, negligentes, vulgo loco,
¿ Cómo teneis en poco la venganza
Del estrago y matanza de los nuestros,
Animosos y diestros en sus hechos?
Volved, volved, pertrechos á la mano,
Y no quede cristiano que no muera;
Pues quedan de manera todos ellos
Que podremos vencellos fácilmente. »
Bastaron las razones referidas
Para volver, aunque de mala gana,
Y no con aquel brio que primero,
A causa de sentirse fatigados
Y de tiros vacías las aljabas;
Y así como hallasen (por el arma
Que dió la centinela) preparados
A nuestros españoles, no proceden
Ni pasan adelante de la ceja
Del monte que rodea la zavana;
Desde donde, quietos y callados
Los otros, cierto viejo les decía:
« Valientes españoles, no creyera
Que tan durable fuera la pendencia
Ni vuestra resistencia, si mi daño
No fuera desengaño conocido
Del yerro que he tenido tiempo luengo,
Mas ya para mí tengo ciertamente
Que mas heroica gente no ha nacido,
Pues habeis adquirido tanta gloria;
Pero de la victoria no esteis ciertos:
Estaldo de ser muertos y perdidos,
Que todos vais heridos del molesto
Veneno, y demás desto vuestra gente

Es negocio patente ser ya muerta
 En otra tal reyerta sucedida
 Después de la partida que hecistes.
 Así que si tuvistes hoy ventura,
 Será de poca dura la ganancia,
 Porque el pueblo y estancia de cristianos
 Los indios mas cercanos han quemado,
 Vencido y acabado moradores:
 Acá sois vencedores y temidos,
 Y allá sereis vencidos y captivos
 Los que llegardes vivos, en llegando;
 Y pues de nuestro bando sois azote,
 Mirad por el virote, y esto baste.»
 A questo dicho, nunca mas los vieron,
 Y á los nuestros, demás de sus trabajos,
 En angustia terrible los pusieron
 Y en grande confusión aquellas nuevas,
 Por las cuales aquel significaba
 Ser la ciudad de Cáceres quemada
 Y los vecinos della consumidos;
 Y en hecho de verdad acometieron
 Los indios que decía, pero nunca
 Tocarón en el pueblo, sino fuera
 Tuvieron cierto leve repiquete,
 Donde mataron indios yanaconas
 Y un español ó dos en las estancias.
 Al fin estos soldados afligidos
 Aquella triste noche se quedaron
 En el mismo lugar de la batalla,
 Entre los cuerpos muertos alojados,
 Al frío y al sereno, sin refugio
 De ropa ni comida ni consuelo,
 Do no faltaron íntimos gemidos,
 Así de parte suya como de los
 Indios en quien duraban los vitales
 Espiritus cercanos á la muerte.
 Pero pasada ya la media noche,
 Dejaron el lugar, y caminaron
 Por bosques solitarios sin camino,
 Por hurtarse del otro, do pensaban
 Estar algunos indios emboscados;
 Y así por ser rodeos espaciosos,
 Como por ir heridos gravemente,
 Tardaron cinco dias en jornada
 Que pudieron andar en medio dia
 Si recta via fueran caminando:
 Llegaron pues al puesto que tuvieron
 Antes de se meter en la montaña,
 Donde se proveyeron de comida
 De aquella que dejaron rezagada;
 Pero luego pasaron adelante,
 A causa de no ser lugar seguro,
 Y con deseo de subir á parte
 Do se desengañasen con la vista
 De la mala sospecha que llevaban.
 Y en estos intermedios fallecieron
 Lucas Sanchez y Mateo de Acosta,
 Entrambos valentísimos soldados,
 Cuyas heridas eran penetrantes
 Y no curadas con aquel reposo,
 Abrigo y vigilancia que requiere
 Aquella venenosa pestilencia.
 Finalmente, subieron á la loma
 Que cae sobrel gran río de Cauca,
 El cual para llegar al pueblo nuevo
 Habian de pasar forzosamente,
 Obstáculo de gran inconveniente,
 Así por no tener aviamiento
 Para pasar los miseros heridos,
 Como porque los bárbaros no suelen
 Perder las semejantes ocasiones.
 Mas en aqueste tiempo ya tenían
 Los vecinos de Cáceres noticia
 Por indios del suceso trabajoso,
 Pero con adición de que ningunos
 Habian escapado con la vida;
 Y así para tener razon entera
 Salíó luego del pueblo Juan Melendez
 Con treinta compañeros bien armados,
 Los cuales á la misma coyuntura
 Que vieron los heridos el gran río
 Ven al Melendez con su compañía,

Que ya hollaban la contraria banda,
 Y con el regocijo de la vista
 Los unos á los otros hacen salva,
 Dando gracias á Dios por el socorro
 Llegado tan á punto, que juzgaban
 Ser milagrosamente proveído.
 En efecto, hicieron buenas balsas
 Aquellos que llegaron descansados,
 En que pasaron todos libremente,
 Y llegados al pueblo, fué la cura
 Con tal solicitud y diligencia,
 Que después de los dos conmemorados
 Ninguno pereció de los heridos,
 Cuyas hazañas fueron tan nombradas
 Entre todos los indios de la tierra,
 Que muy poco después los trajo Rodas
 A que reconociesen vasallaje.
 El cual, segun he dicho, preparaba
 Gentes y municiones con intento
 De ver y descubrir lo nunca visto
 En la distancia dentre los dos rios:
 Que para concluir con mi promesa
 En el elogio de Gaspar de Rodas
 Hasta la era del de ochenta y nueve,
 Es esto solamente lo que resta;
 Mas porque se concluya mas á gusto
 Será con canto nuevo celebrado.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Gaspar de Rodas salió de la villa de Santafé de Antioquia con setenta hombres de pié y de caballo, y fué descubriendo por el río de Porce abajo, hasta que halló terreno donde pobló la ciudad de Zaragoza.

No se pueden decir enteramente
 Las congojas, fatigas y trabajos.
 Riesgos, penalidades, desventuras
 Que los descubridores destas tierras
 Y pacificadores padecieron
 En las conquistas rigurosas dellas;
 Y así por ser prolijo labirinto,
 Tocamos solamente los provechos
 Que de su gran valor han resultado
 A los que comen hoy de sus sudores,
 Y con manos lavadas y piés limpios
 Hallan la cama hecha y mesa puesta,
 Y las incomparables asperezas,
 A los humanos piés inaccesibles,
 Apacibles é ya bien frecuentadas
 De varios contractantes que por ellas
 Vienen y van de partes diferentes,
 Cebados en la próspera ganancia
 Con que sus mercancías los convidan.
 Y no tan solamente por la tierra
 Dieron vias por donde se contractan
 Unos pueblos con otros, con jumentos
 De especies varias; pero por los rios
 Se comunican con aquellos puertos
 Que gozan de marítimas riberas.
 Y aunque parezca ser en lo presente
 No de tanto momento como Flandes,
 Venecia y otros pueblos prepotentes
 Que tienen antiquísimos cimientos,
 Aquellos también consta que tuvieron
 Principios no tan altos que no fuesen
 De lo que son agora diferentes:
 Corrieron sus edades hasta tanto
 Que por tiempo se fueron estendiendo
 A la virilidad y á la potencia
 En que las vemos hoy establecidos.
 Lo mismo puede ser en estas partes
 De Indias, segun vemos el aumento
 Numeroso de gente que se cria,
 Así mestiza como castellana,
 Y la fertilidad de los terrenos
 Dispuestos á perpetua permanencia
 Y á la procreación de tantas cosas
 Cuantas son en el mundo necesarias
 A la conservación de los mortales,

Pues de las que carecen estos dias
 Es mas por negligencia de cultores
 Que falta de propicias influencias;
 Mas la necesidad, hábil maestra,
 Les ha de compeler á que corrijan
 Sus ociosas costumbres con trabajo,
 Y aun á dejar sus propios naturales,
 Buscando nuevas tierras y regiones
 Do puedan sustentarse y estenderse
 Después que ya no quepan en las suyas,
 Pues hay por descubrir varias provincias,
 Inmensidad de campos y naciones,
 Algunas de las cuales estuvieran
 Debajo del dominio y obediencia
 De la real corona de Castilla,
 Si por los que gobiernan se tuviera
 Mas esforzado celo del aumento
 Del aprisco cristiano, mayormente
 Habiendo tanta gente holgazana
 Que podria fundar nuevos albergues,
 Aun en lo descubiertos, pues hay tierras
 Baldias, provechosas y dispuestas
 Para se socorrer del fructo dellas,
 Valles amenos, fértiles riberas,
 Cuya disposición está pidiendo
 Del corvo labrador ser desenvuelta
 Y de todos ganados ser hollada,
 Mas no miran en esto los que llevan
 Por sueño y ocio generosa paga.
 Destos no quiso ser Gaspar de Rodas,
 Pues por aquella suerte que le cupo
 Huyó de dar á sus cansados miembros
 Aquel regalo que se les debía,
 Por unas y otras partes descubriendo
 Dónde fundar cristianas poblaciones
 En aumento de la real corona,
 No sin propagación de la fe sancta.
 Con el cual pensamiento se dispuso
 Año de ochenta con los quince cientos,
 Con obra de setenta compañeros,
 Caballos y pertrechos necesarios,
 Caminando la via del oriente
 Hasta ver las zavasas de aquel río
 De Aburra, do tiene nacimiento
 El mismo que después le llaman Porce,
 El curso de sus aguas prosiguiendo,
 Acia septentrion encaminadas,
 Por tierras despobladas, muchos dias,
 De bosques tenebrosos y montañas,
 Donde se padecieron insufribles
 Trabajos por la falta de alimentos,
 Demás de atascaderos y pantanos
 De gran dificultad en su viaje,
 Que no menor sería referirlos,
 Espresando particularidades
 Acontecidas hasta que llegaron
 A tierra cuyos montes daban muestra
 De suelo mas enjuto y apacible,
 Mas claras y amigables arboledas,
 Y otros indicios que manifestaban
 Haber mediana copia de cultores.
 Pero segun las guias declaraban,
 A la contraria parte de aquel río
 Había poblacion de mas substancia,
 Lo cual se conocia claramente
 Por ver trilladas sendas y caminos,
 Humos á todas partes y labranzas;
 Y así para pasar el campo todo
 Buscaron un lugar acomodado,
 Do se hiciese puente de bejucos,
 Remedio que se tiene comunmente
 Con que pasan la ropa y el servicio:
 Que los soldados por la mayor parte
 Cortando van las aguas con el pecho,
 A mano la rodela y el espada.
 Al tiempo pues que para tal efecto
 Andaba negociada nuestra gente,
 Gran número se vió de la contraria
 Opuesta para defender el paso
 Con multitud de flechas y de dardos
 Y los demás pertrechos usuales:
 Ondeá bizzarria de penacho

Pectos y diademas de buen oro,
 Con otras joyas que manifestaban
 La soberbia riqueza de las minas
 De que gozan aquellos naturales;
 Y con estar el río de por medio,
 No dejan de volar algunas nubes
 De tiros venenosos que despiden
 Los encorvados y flexibles arcos;
 Y acá responden con los arcabuces,
 Esféricas pelotas escupiendo,
 Con poco daño de las partes ambas,
 Por ser algo prolija la distancia.
 Pero Francisco de Taborda, mozo
 Mestizo, buen soldado y animoso
 Y singular en buena punteria,
 En el indio que mas se señalaba
 En galas, majestad, valor y brio,
 Mostrándose señor, puso la mira,
 Y el invisible globo fué volando
 Hasta dar en el pecho, cuyo golpe
 También por las espaldas abrió puerta
 Por do se despidió vital aliento:
 Acudieron los bárbaros cercanos
 Para lo levantar, mas fué baldia
 Su gran solicitud y diligencia,
 No sin admiraciones y alborotos
 De ver aquella muerte repentina,
 Porque del dañador tan solamente
 El sanguinoso rastro parecia;
 Al fin unos llevaron el cadáver
 Y otros quedaron para la defensa
 Del paso, que con suma vigilancia
 Y no menos furor les defendian.
 Pero Gaspar de Rodas, como diestro,
 Vista la pertinace resistencia,
 Dejando gente que hiciese rostro
 En aquella frontera, do los indios
 Pretendian quitalles el pasaje,
 Con treinta y seis bajó tácitamente,
 Ocultos todos con el arboleda
 Que por el río va continuada,
 Hasta llegar á parte sin estorbo,
 Por donde les mandó pasar á nado
 Con el cuidado que se requeria;
 Y como rehusasen la carrera,
 Del peligroso trance murmurando,
 El mismo comenzó de descalzarse
 Y á priesa despojarse del vestido;
 Mas todos los soldados, como viesen
 Su determinación, no le consienten
 Poner en tanto riesgo su persona,
 Y ellos, pospuestos los temores flacos,
 Desnudos, con espadas y rodelas,
 Impetuosas aguas van cortando,
 Yendo delante con insigne brio
 El mestizo Francisco de Taborda
 Y Alonso de Taborda, dos hermanos:
 Al fin tomaron todos la ribera
 Contraria donde van encaminados,
 Y después de cobrar algun aliento,
 Prostradas en el suelo las rodillas,
 Hicieron oracion como cristianos,
 Y luego con el paso reportado,
 Proceden adelante con recato,
 Sirviéndoles el monte de cubierta,
 Hasta que ya llegaron al paraje
 Del bárbaro furor embebecido,
 En los opuestos en contraria banda
 Desembrazando los mortales tiros,
 Y del cercano salto descuidados
 A los lejanos mal amenazaban;
 Mas luego como perros que latiendo
 Saltan lijeramente tras la caza,
 Salieron los heroicos españoles
 Diciendo: «¡Santiago! Santiago!»
 Ocupa turbación salvajes pechos;
 Corre la confusión desordenando
 La bárbara caterva, que no para
 Por diferentes partes derramada,
 Bien como las ovejas salteadas
 De las rapaces fieras y voraces,
 Que las que se libraron de sus uñas

Van donde su temor las encamina;
Y así dejaron desembarazado
Aquel compás y toda la ribera,
De manera que sin impedimento
Pasaron los demás y el campo todo,
Hicieron allí noche y otro día
Colaron adelante descubriendo
Aquellas poblaciones circunstantes.
Do no faltaron acometimientos
Y algunas resistencias porfiadas,
En las cuales cuotidianamente,
Llevaban lo peor los naturales.
De tal manera que por bien tuvieron
Acudillos de paz algunos dellos;
Y tanteada ya toda la tierra
Y á poco mas ó menos los vecinos
Que podría tener, buscaron sitio
Para fundar morada permanente,
Y diez ó doce leguas adelante
Del paso que los indios defendían
Hallaron un asiento proveído
De las comodidades necesarias,
Donde con las solemnes ceremonias
Usadas en negocios semejantes,
En nombre del invicto rey Filipo
Fundaron la ciudad, á quien se puso
Nombre de Zaragoza, cuya tierra
Abunda de riquísimos veneros,
Y es el día de hoy por su riqueza
De varios negociantes frecuentada
Ansi por tierra como por los rios
Que van á desaguar al mar del Norte,
Por estar Zaragoza situada
Acia las juntas de los rios Porce
Y Nichi, cuyas aguas dan aumento
Al gran río de Cauca que se mezcla
Después con otro de la Magdalena,
Los unos y los otros navegables,
Aunque por las zozobras de corrientes
Los vasos do navegan son canoas
Que pegadas á tierra van bogando.
Fue pues el fundamento deste pueblo
Año de ochenta y uno, demediado
El mes que los hebreos idar llaman;
Y hecha descripción y apuntamiento,
Fueron cuarenta solos los vecinos
Encomendados de repartimientos,
Segun la cantidad de naturales
Que por aquellos montes habitaban.
E ya puestas las cosas en el orden
Que parecía ser mas conveniente
Á la defensa desta nueva planta,
Electos los alcaldes y oficiales,
Nombró Gaspar de Rodas por teniente
A Fernán Sanchez, hombre de gobierno,
Y él se partió con los demás soldados
Al sitio donde fué San Juan de Rodas,
En la parte que llaman Itúango,
Que despobló Valdivia, segun dije
Atrás en el discurso de su vida;
Donde pacificó los naturales,
Erigiendo ciudad en el asiento
Antiguo con el nombre que tenía,
A la cual dió vecinos veinte y ocho
Que son encomendados, y hoy se valen
Entre tan indomable barbarismo
Mediante las industrias y consejos
Deste gobernador, cuya prudencia
Al bárbaro feroz ha puesto freno.
Dejando pues allí por su teniente
A Juan de Rodas, un pariente suyo,
A su casa volvió con intenciones
De convocar soldados con que pueda
Escudriñar secretos de la tierra,
Que por estar cerrada de montañas
No sin dificultad pueden saberse;
Y presumen habellos importantes,
Porque claro se ve ser una pasta
De ricos minerales donde quiera
Que rios y quebradas se cateen;
Mas agora de nuevo no sabemos
Otra cosa que sea de momento.

Y así deste gobierno me despidió,
Porque futuros acontecimientos
Dirálos á su tiempo quien los vido,
Cumpliendo cada cual con sus intentos;
Pues agora mi principal ha sido
Tratar de los primeros fundamentos
Desde el principio hasta nuestra era,
De quien si mas supiera mas dijera.

RELACION BREVE

*de las tierras de la gobernación del Chocó, y cosas en ella
acontecidas desde el tiempo que entró en ella el capi-
tán Gomez Fernandez, hasta que le fué dado el gobierno
y conquista á Melchior Velazquez, vecino de la ciudad
de Buga.*

CANTO PRIMERO.

Otra gobernación agora resta,
Que es el Chocó, de quien algunas veces
Hemos tractado como de pasada,
Cuyos confines sé que simbolizan
Con los de Santafé que van corriendo
Acia la mar del Norte por montañas;
Y este gobierno tiene de presente
Un Melchior Velazquez, no tan lleno
De prósperos sucesos de fortuna
Cuanto de virtuosas propiedades
Y partes que son dignas de alabanza,
Soldado viejo de los mas antiguos
De Popayán, y bien ejercitado
En todos los trabajos de conquistas.
Cuyo discurso no será prolijo,
Por ser gobernación algo moderna,
Y haber faltado por la tierra della
Buena comodidad para poblalla,
A causa de ser toda montuosa,
Húmeda, pluviosa, desgraciada,
De pocos naturales, aunque ricos,
Porque la tierra toda va sembrada
De venas caudalosas de buen oro,
Vistas y cateadas por los nuestros
En diferentes rios y quebradas.
Y así corria la noticia della,
Con otra mas antigua del Dabaibe,
Que por aquel paraje se publica
Estar, y aunque de muchos inquirida,
Ningunos le pudieron dar alcance;
Adonde segun fama las riquezas
De los enterramientos sobrepujan
A las que del Cenú se descubrieron,
Segun en su lugar quedó notado,
De cuya causa principales hombres
Apetecían el descubrimiento,
Entre los cuales fué Gomez Fernandez,
Primero fundador de Caramanta,
Del cual hice mencion en otras partes
Por ser hombre de gran merecimiento,
Valiente, liberal, industrioso
Y en posible no mal afortunado.
Este, con el deseo que tenía
De rastrear aquella gran noticia
Y ver el fin de aquel encantamiento,
Demandó la conquista desta tierra
A los señores del real senado
Que en este nuevo reino de Granada
En aquella sazón eran jüeces:
Los cuales se la dieron fácilmente,
Atentos al valor de su persona
Y á la mucha substancia que tenía
Para hacer soldados y pertrechos
A su descubrimiento necesarios;
Pero diósele con aditamento
De que primero y ante todas cosas
Allanase los indios rebelados,
Importunos entonces y molestos
A Santafé, la villa de Antioquia,
Desde aquel tiempo que Toné cacique
Los hizo levantar, segun se dijo
En el lugar y parte que convino,
Y con que diese nuevos fundamentos

A la vieja Antioquia despoblada.
Aceptó la merced y hizo gente
De caballo y de pie, y en el avio
Gastó crecida suma de dineros:
Finalmente salió de Caramanta
Con ochenta soldados escógidos,
De los cuales es uno Bernardino
Mojica de Guevara, varon noble,
En este pueblo donde yo resido
Vecino principal y contioso;
Y en cumplimiento del real mandado
Fué por el año de cincuenta y siete
Con aquestos soldados en demanda
Del cacique Toné, bárbaro duro,
Gallardo mozo, suelto, bien dispuesto,
De fuerzas monstruosas y atrevido,
En quien nunca jamás hubo descuido
Para se defender de sus contrarios
En ciertas barbacoas, cuyos troncos
Gruesos, bien alijados en la tierra,
Subian en altura cuatro brazas,
Espesas las hileras, y por orden
Que, travesadas vigas por lo alto
Y dada perfición al soberado,
Pudieron fabricar seguramente
Casas pajizas para sus albergues;
Y lo mas alto de la barbacoa
Cenido con maderos ajustados
Que volaban segun el colgadizo
Que llaman los latinos meniano,
Tan alto que servia de muralla
Y amparo contra tiros estranjeros,
Por él hechas troneras provechosas,
Para poder valerse de los suyos;
De que tenían cantidad inmensa,
Lanzas muy largas, piedras ponderosas,
Flechas y dardos, gruesos estacones
Que piramidalmente van labrados
Hasta se rematar en sutil punta
Tostada, tan aguda que desmalla
Las mas fortificadas armaduras;
Empinadas á trechos grandes vigas
Sueitas y sin ninguna ligadura,
Pero de tal manera que juzgaran
Ser á la fabrica correspondientes,
Y para substar su pesadumbre,
Siendo cualquiera mano poderosa
Para precipitalas fácilmente
Sobre los que llegasen descuidados.
Tenian abundancia de alimentos
Arriba recogidos, y en canoas
O maderos cavados agua mucha,
Demás de las vasijas de sus vinos;
Y para no perder la que del cielo
El pluvioso nimbo destilaba,
Tenian en las alas de las casas
Hechas de gruesas guadubas canales,
Cuyas corrientes iban dirigidas
A los vasos que estaban contrapuestos.
Ansimismo sembraron los caminos
De hoyos do cayesen los caballos,
Y en ellos estacones afijados,
Puyas por consiguiente peligrosas
Por unas y otras partes derramadas:
Todo con tal industria disfrazado,
Que la del español fué necesaria
Para poder librarse del engaño,
Porque Gomez Fernandez como diestro
A todo dió reguardo descubriendo
Cualquiera trompezon disimulado.
Y así sin sucedelles desavio,
Llegaron al primero soberado
Donde Toné tenía su morada,
Sus hijos y mujeres y familia,
Y entrellos cien gandules de pelea
Para defensa desta fortaleza;
Porque los escuadrones que hallaron
Opuestos al camino que llevaban,
Que pelearon pertinacemente,
Habian sido ya desbaratados.
Salidos pues del monte mas cercano,
Vieron la fabricada fortaleza

Encima de una loma que tenía
De longitud hasta doscientos pasos,
Pero de latitud la mitad menos:
La cual por todas partes ocupaba
El fuerte y edificio de madera,
Y por cualquiera parte la subida
Para llegar á él era ladera
Aspera de subir y trabajosa.
Puestos á punto pues los españoles,
Por una y otra parte rodearon
La dicha fortaleza, defendiendo
Que no pudiesen indios acudirles
De los que estaban fuera con socorro,
Y requiriéndolos por muchas veces
A los que estaban dentro que se diesen,
Porque si se mostraban pertinaces
Los pasarían todos á cuchillo,
Y saliendo de paz no les darían
Sinsabores, agravios ni molestias:
Los indios respondían con las armas
Y con mayores fieros y amenazas,
Toné principalmente, que decia:
«Llegaos un poco mas acá, cristianos,
Por el tributo que se os adereza:
Dejaremos las armas de las manos
Para ponéros las en la cabeza;
Y aun de vosotros á los mas lozanos
Tengo de desmembrar pieza por pieza,
Porque si padeceis muerte prolija
La paz que me pedis quedará fija.»
Oídas por los nuestros las razones
Con otras desvergüenzas insufribles,
Comenzóse de veras el combate
Por una y otra parte, disparando
El arcabuceria violenta
Al pretil y troneras dirigida,
Por no dalles lugar á los contrarios
Para que de sus armas se aprovechen;
Y entre tanto los otros españoles
Se llegaban con mantas de madera
Cubiertos al enhiesto baluarte,
Que no podía ser sin mucho riesgo
A causa de las nubes que caían
De dardos, flechas, lanzas y de piedras
Y algunos estacones de los cuales
Uno cayó sobre Diego de Ardila,
Que ponía rodela por delante
A un soldado de los mosqueteros,
De tal manera, que rompió la punta,
La rodela, cojin y fuertes armas,
Y el brazo del Ardila juntamente
Por una y otra parte traspasado;
También á Bernardino de Mojica,
Rodelero de aquel Garcia de Arce
A quien después mató Lope de Aguirre
En el rebelion ya referido
En la primera parte de mis cantos,
Una piedra le dió por el costado
Encima de las armas, que lo hizo
Rodar por la ladera trompicando,
Mas luego revolvió con mas coraje
Al puesto do quedó su compañero,
Y estando los dos juntos vió Garcia
Una gran viga que se despegaba
Del baluarte, y en aquel instante
Al Mojica diciendo: «¡guarda, guarda!»
Le dió tal empellón que lo retrajo
Hartos pasos atrás, y él ansimismo
Se desvió con un veloce salto,
Y fué tan necesaria la presteza
Que si tardaran un solo momento
Allí quedarán hechos mil pedazos.
En esto consumieron aquel día
Sin se hacer efecto provechoso,
Y el tiempo que duraron las tinieblas
Nocturnas, fué comun la vigilancia
Rondándose la cerca con silencio,
Porque se recelaban de huida,
A causa de tener el monte cerca;
Y porque les faltasen las señales
Y objetos á los tiros de las flechas
Que con obscuridad iban volando